

DOMINGO XVIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23): *Todo es vanidad.*

Salmo (89, 3-4.5-6.12-13.14 y 17): *«Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación».*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-5.9-11): *Buscad los bienes de allá arriba.*

Evangelio (Lucas 12, 13-21): *Guardaos de toda clase de codicia.*

El Evangelio relata la parábola de aquel hombre avaricioso que no podía comprarse la felicidad con su fortuna. La historia se repite hoy a pequeña o a gran escala de forma que, si somos sinceros, no nos costaría mucho identificarnos con este hombre: ciudadanos de un país rico, ambiciosos por tener siempre un poco más (desde un puesto de trabajo mejor remunerado hasta el deseado golpe de suerte en la lotería) y, sobre todo, siendo consumidores empedernidos: nuevo jersey, nuevo móvil, nuevo coche, nuevo piso...

Con razón algunos dicen que vivimos en la época del hiperconsumo: la adquisición de algo nuevo no responde a una necesidad básica y tampoco al deseo de disfrutar de lo que se compra, sino a una necesidad más bien compulsiva de poseerlo por la sencilla razón de que es nuevo. Las marcas se sirven de esta patología colectiva del «consumo de novedades», y la propician para ganar dinero. Las personas se someten a ella y a sus síntomas: esperar vivir mejor, diferenciarse de los demás, ser valorado por lo que uno tiene.

Lo nuevo del mensaje evangélico es la novedad más radical, que sin embargo no se somete a la lógica hiperconsumista. No lo hace porque la invierte. Si aquella se nutre del egoísmo y la acumulación de bienes, la lógica cristiana parte de la convicción de que todos somos iguales en el amor, y del deseo de asemejarnos al Dios que da todo lo que posee. El mensaje del Evangelio no es por tanto un anuncio publicitario que promete, sino una llamada que compromete a la renovación, como invitaba Pablo a los colosenses.

Aunque las estructuras sociales, económicas y políticas tengan que ser transformadas, estas solo lo serán a golpe de acciones concretas de personas comprometidas: unas veces a título personal, otras en colectivo. Por eso Jesús se dirige a las personas en concreto, mostrándoles cómo la propia vida se plenifica cuando uno ama y se entrega; pero se agota y consume cuando uno se encierra sobre sí mismo. El creyente descubre entonces que al margen de la novedad del Reino de Dios la vida es vana y vieja.

Las diferentes opciones que tomamos en nuestra vida, incluyendo las decisiones de consumo, tienen que ver con el proyecto del Reino y con la renovación al que este nos invita. Al consumir hacemos también opciones evangélicas: no se trata de comprar más, gastar menos o poder ahorrar mejor sino, como decía Jesús, de elegir: o atesorar para sí o de hacerse rico ante Dios.

El rico de la parábola cometió un gravísimo error. No se retrata aquí la conducta ejemplar de un trabajo sin tregua, como puede ser el de la viuda que se gasta y se agota, día y noche, para sacar adelante a los suyos. Se habla por el contrario de un hombre avaricioso, que no piensa más que en sí mismo y en un futuro interminable que no tiene asegurado y puede acabar pronto. Lo demás no le importa.

Comete además otro error y es el de no valorar que ser rico en buenas obras ante Dios es mucho más y más preciosa riqueza que la acumulación sin medida de bienes materiales. La filosofía de la “*plenitud del ser*” debe primar siempre sobre la filosofía de la “*plenitud de poseer*”.

La planificación de la vida y la previsión del futuro es razonable y bueno, pero siendo el hombre por naturaleza un ser social, sólo las buenas relaciones con los demás (compartir) y con Dios (orar) pueden dar lo que más ardientemente anhela el corazón: satisfacción, alegría, paz, plenitud y dicha. El que piensa que puede lograrlo pensando sólo en sí mismo, merece el calificativo del Evangelio ¡Necio!

El avaricioso “*poseer sin límites*” es tal vez hoy más que nunca el ideal de muchas vidas. **¿Cómo debe comportarse un hombre de fe, testigo provocado en esta competición para almacenar y tener siempre más?**

No sería real ni la inactividad ni la falta de previsión, porque los bienes de este mundo han sido confiados al hombre, la vida tiene sus leyes e impone sus exigencias, y la inactividad está condenada en la parábola de los talentos: *«Eres un mal administrador, siervo malo y holgazán...»* (Lc 19; Mt 25).

No sería humano desentenderse de las obligaciones que impone la solidaridad con los necesitados remitiendo a la confianza en la providencia o a la otra vida. La fe tiene implicaciones inmediatas insoslayables.

No sería cristiano anteponer los bienes materiales a los espirituales, la filosofía del tener a la filosofía del ser. En la parábola se define al rico como necio porque era rico en bienes materiales pero pobre en amor. **¿Quién es pobre y quién es rico ante Dios?** Esta es la pregunta.